

## El ave en el agua, imagen del bautismo en fray Luis de León

*A partir de paralelos clásicos, bíblicos y las referencias dentro de su propia obra (escritos académicos y de creación tanto en prosa como en verso), queremos explicar en este trabajo la imagen del ave que se sumerge en el agua, que destaca en un pasaje clave de *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León<sup>1</sup>, de gran belleza y de sentido más complejo de lo que se suele suponer:*

En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol que en ella había, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular; cuasi todo el tiempo que Juliano decía, como oyéndole, y a veces, como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía que Marcelo y los demás habían puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le quería replicar, sintieron ruido hacia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacían dos grandes cuervos que, revolando sobre el ave que he dicho y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella, al principio, se defendía con las ramas del árbol, encubriéndose entre las más espesas. Mas creciendo la porfía, y apretándola siempre más a do quiera que iba, forzada, se dejó caer en el agua, gritando, y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron también al agua y, volando sobre la haz del río, la perseguían malamente, *hasta que al fin el ave se sumió toda en el agua sin dejar rastro de sí.*

Aquí Sabino alzó la voz y, con un grito, dijo:  
—¡Oh la pobre, y cómo se nos ahogó!

1 Cito por la edición de J. San José Lera, *Fray Luis de León. De los nombres de Cristo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008. Las cursivas de este pasaje (p. 395-6), son mías.

Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos, como victoriosos, se fueron alegres luego.

Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase a Sabino, que maldecía los cuervos y no podía perder la lástima de su pájara, que así la llamaba, de improviso, a la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto a sus pies, *la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo a la orilla, toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde estendió sus alas y las sacudió del agua; y después, batiéndolas con presteza, comenzó a levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva.* Al canto, como llamadas otras muchas aves de su linaje, acudieron a ella de diferentes partes del soto. Cercábanla y, como dándole el parabién, le volaban al derredor. Y luego, juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres o cuatro veces el aire con vueltas alegres, y después se levantaron en alto poco a poco hasta que se perdieron de vista.

Fue grandísimo el regocijo y alegría que deste suceso recibió Sabino. Mas decíame que, mirando en este punto a Marcelo, le vio demudado en el rostro, y turbado algo, y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló. Y queriéndole preguntar qué sentía, vio que levantando al cielo los ojos, como entre los dientes, y con un suspiro disimulado, dijo:

—Al fin, *Jesús es Jesús.*

La escena cierra el capítulo «Hijo de Dios» y es el colofón perfecto al detallado comentario donde se expone el proceso de unión del hombre con Dios desde el bautismo. Javier San José Lera<sup>2</sup> resume las dos vías de estudio principales de los estudiosos: la simbólica-biográfica (fray Luis perseguido por la Inquisición, casi muerto y rescatado al final), y la que sin negar lo biográfico busca llegar a implicaciones más generales. Aquí seguimos esta línea, en concreto por el camino que abrió Thompson<sup>3</sup>, apoyándose principalmente en san Pablo: de nueva vida en

2 *Ibid.* p. 745-7. Por lo demás, K. Vossler, *Fray Luis de León*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, p. 56 y 58 consideraba el episodio un intermedio naturalista, sin negar la referencia al proceso con la Inquisición. El biólogo D. Antón Pérez Rodríguez me informó de que los mirlos silvestres se sumergen en el agua al ser perseguidos.

3 C. P. Thompson, *La lucha de las lenguas: Fray Luis de León y el Siglo de Oro en España*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1995, p. 84-85 a partir de *Rom.* 7.1-7. Acepta también una referencia a la prisión, con la que tendría relación el poema 17.40-42, donde el poeta aparece como un ave que no se puede liberar. A. Sánchez Zamarreño, «De los nombres de Cristo y la instalación en la utopía», en V. García de la Concha y J. San José Lera, *Fray Luis de León. Historia, humanismo y letras*, Salamanca, Universidad, 1996, p. 515-525 (aquí 523) señala también la relación con el Bautismo. Por

Cristo, perseguido hasta la cruz y que asciende de las aguas de la muerte para llevar al Cielo a los bautizados, que comparten en ese sacramento ese mismo proceso de nuevo nacimiento a la gracia.

Comenzaremos por los antecedentes clásicos y bíblicos. Fray Luis tiene una gran capacidad de sacar partido de imágenes sencillas, que trabaja a partir de la exégesis bíblica y de sus lecturas de la literatura clásica, y que utiliza para expresar con densidad y precisión lo que quiere transmitir. La erudición bíblica y clásica están en él al servicio de la fe cristiana<sup>4</sup>, también en sus poesías, que no son meros ejercicios de estilo, sino la culminación de su pensamiento total. Así lo explica él<sup>5</sup>:

Esta manera de hablar, Juliano, adonde, con semejanzas y figuras de cosas que conocemos y vemos y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete para la cualidad y gusto de nuestro ingenio y condición, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual sino es por semejanza de lo sensible que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno a lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado a cotejar unas cosas con otras discurriendo por ellas; y así, cuando descubre alguna gran consonancia de propiedades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho, y como saboréase en ello, e imprímelo con más firmeza en las mientes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cuál sea ni cuánto su sabor y dulzura.

En la poesía clásica grecolatina<sup>6</sup> son abundantes los ejemplos de entrecruzamientos entre los elementos de la naturaleza: entre el aire y el agua, uno de los más antiguos es el de la com-

lo demás, san José Lera, *ibid.*, p. 727 relaciona el episodio del ave con el tema de la «cetrería de amor».

4 Cf. Thompson *ibid.*, p. 228, R. Senabre, «Las bases metafóricas de fray Luis», en *Estudios sobre fray Luis de León*, Salamanca, Universidad, 1998, p. 39-68 y J. R. Alcántara Mejía, *La escondida senda: poética y hermenéutica en la obra castellana de fray Luis de León*. Salamanca, Universidad, 2002.

5 San José Lera, *op. cit.* p. 179-80.

6 Recuerda O. García de la Fuente, «Un tratado inédito y desconocido de fray Luis de León», *La Ciudad de Dios*, n° 170, 1957, p. 258-334 (aquí 318) que Fray Luis llama a los poetas paganos *veluti theologi Gentilium*, «cual teólogos de los gentiles».

paración de los remos de una nave con alas (y del navegar con el vuelo): ya lo hace Homero (*Od.* 11, 125 y 23, 272) al llamar a los remos «alas de las naves». Y ello tiene amplia continuidad en la poesía latina<sup>7</sup>: el propio fray Luis tradujo un verso de Virgilio (*Geórgica* 2, 41): *pelagoque volans da vela patenti* con: ... «y volando al mar patente, corre el abierto mar con vela hinchada» (v. 77-8)<sup>8</sup>. A su vez las alas de un buitre las llama Esquilo (*Agamenón* 49-52) remos con los que rema por el aire: «al modo de los buitres (...) / remando con los remos de sus alas». Son frecuentes expresiones como «cortar el aire» por analogía con lo que se hace al arar la tierra, por ejemplo Aristófanes (*Aves* 1400): «cortar el surco del aire»<sup>9</sup>.

Más expresamente se habla de nadar por el aire, por ejemplo Virgilio (*Geórgica* 4, 58) sobre las abejas que nada a las estrellas del cielo por el líquido calor: *ad sidera caeli / nare per aestatem liquidam*<sup>10</sup>. En la épica griega tardía Nono de Panópolis habla de «nadar con las alas» (*D.* 26, 193). A la vez en Opiano hay peces que cortan el aire (*H.* 1, 427).

En la propia poesía de fray Luis también lo rastreamos: el planeta Marte que va andando por el cielo (8.51-2: «y cómo otro camino / prosigue el sanguinoso Marte ayrado»); el barco que camina por el mar (9.42-5: «La vela inclina [tú, Ulises] / que, del viento huyendo, / por los mares camina...»); las grullas que navegan las nubes (9.11-13: «Ya el ave vengadora / del Íbico nave-

7 Cf. E. S. McCartney, «Remigio alarum», *Classical Journal*, n° 34, 1938-9, p. 234-237 y 543, que cita a Virgilio, *Aen* 1, 300-1, 6, 19, Lucrecio 6, 742 ss., Ovidio *Ars* 2, 45 etc. y la crítica de Quintiliano *Inst.* 8, 6, 18; y K. Luck-Huyse, *Der Traum vom Fliegen in der Antike*, Stuttgart, Teubner, 1997, p. 206.

8 En él, Virgilio se está dirigiendo a Mecenas; con esa imagen quiere que le acompañe en el canto, y lo mismo hace fray Luis en *Nombres* (San José Lera *op. cit.* 67): «No tiene fin este cuento, y cuanto más despliego las velas, tanto hallo mayor camino que andar, y se me descubren nuevos mares cuanto más navego».

9 Cf. *Himno a Ceres* 383; Aristófanes *Thesm.* 1109; Apolonio de Rodas 4.771 sobre Iris. Nono usa la fórmula *á0èsñá* o bien *ósiáái* («el éter / el aire cortar») sobre pájaros en *Dionisiacas* 3.61, 5.159 y 40.483. Está referido al sol en 17.271 (que recuerda a Eurípides *Fenicias* 1 «oh, el que corta en los astros del cielo el camino») y a divinidades aladas en 6.143 (Deméter), 37.266 (Pegaso), 47.502 (Perseo), Ogigo (3.205 y el carro de Febo en 11.131. Cf. Posidipo 11.5 Gow-Page: «cortando el éter» y Sófoles *Ayax* 845: «tú que guías el carro por el escarpado cielo»). Fray Luis, al traducir la *Égloga IV* de Virgilio, hace la siguiente versión de v. 59: «corte la honda mar».

10 Otros ejemplos clásicos los recoge Luck-Huyse, *op. cit.*, p. 213-5.

ga los nublados / y con voz ronca llora»), que nunca son banales ni procedimientos de barroquización, sino el resultado de su exégesis de la Sagrada Escritura<sup>11</sup>.

En todo ello se está estableciendo una semejanza de fluidos (aire / agua) y de animales (aves / peces) que justificaba científicamente Aristóteles por la analogía funcional de las escamas de peces y las plumas de las aves: «Lo que en el ave es la pluma, eso es en el pez la escama. Según las partes de cada animal, de ese modo son distintas y las mismas, incluso en la posición de las partes». *De aquí parece que parte fray Luis en un muy interesante pasaje*<sup>12</sup>:

—Los pájaros y los peces —respondió Juliano— son de un mismo linaje, y así viene bien.

—¿Cómo de un linaje mismo? —dijo Sabino.

—Porque Moisés dice —respondió Juliano— que crió Dios en el quinto día, del agua, las aves y los peces.

—Verdad es que lo dice —dijo Sabino—, mas bien disimulan el parentesco, según se parecen poco.

—Antes, se parecen mucho —respondió Juliano entonces—, porque *el nadar es como el volar y, como el vuelo corta el aire, así el que nada hiende por el agua*; y las aves y los peces por la mayor parte nacen de huevos; y, si miráis bien, *las escamas en los peces son como las plumas en las aves; y los peces tienen también sus alas*, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen.

—Mas las aves —dijo riendo Sabino— son por la mayor parte cantoras y parleras, y los peces todos son mudos.

—Ordenó Dios esa diferencia —respondió Juliano— en cosas de un mismo linaje, para que entendamos los hombres que, si podemos hablar, debemos también poder y saber callar, y que conviene que unos mismos seamos aves y peces, mudos y elocuentes, conforme a lo que el tiempo pidiere.

11 Cf. Thompson, *op. cit.*, p. 128-9. Se tiende a entender este tipo de imágenes solo como muestra de una tendencia barroca de superar los límites de la naturaleza: cf. para Góngora M. J. Woods, *The Poet and the Natural World in the Age of Góngora*, Oxford, Oxford University Press, 1978, p. 124 (Soledades 1.603-6: «Cual en los equinoccios surcar vemos / los piélagos del aire libre algunas / volantes no galeras / sino grullas veleras») o al estudiar la representación de los cuatro elementos en Calderón de la Barca (*p. ej.* barco: «pájaro de espuma» o «velera ave», un delfín como «pájaro sin plumas»: cf. E. M. Wilson, «The four elements in the imagery of Calderón», *Modern Language Review*, n° 31, 1936, p. 34-47 (aquí 45-6).

12 Aristóteles, *Historia de los Animales* 486b, 21-24. El texto de fray Luis, en San José Lera, *op. cit.* p. 336 (*cursivas mías*).

Era pues una idea cara a fray Luis la de la similitud de aves y peces<sup>13</sup>, que pulió además con la lectura detenida de pasajes bíblicos, que conocía bien como el *Salmo 8, 9: volucres caeli et pisces maris qui perambulant semitas maris* «las aves del cielo, los peces del mar, que trazan sendas por el mar», o 17.27 donde él mismo Luis traduce el momento en el que Dios baja a ayudar al hombre: «volando por la tierra y mar velero»<sup>14</sup>. Llamativa es su exégesis de un texto de Isaías<sup>15</sup> *cymbalo alarum* «zumbido de alas» como «barcos».

Lo más interesante es que esto lo aplica a la comparación con Cristo que está tres días en la tumba y luego resucita, como Jonás en el pez<sup>16</sup>, y en relación con el bautismo. Según explica comentando un versículo del *Cantar de los Cantares* (donde está una imagen del vientre como sepultura), el cristiano en el bautismo queda enterrado con Cristo en su muerte para vivir una nueva vida con Él: *in Christi sepultura atque cruce conclusi, et tanquam congesti fuimus omnes* («en la sepultura de Cristo y su cruz todos fuimos encerrados y como apretados todos») <sup>17</sup>. Esa

13 *San José Lera, op. cit., p. 727 recuerda la disquisición 71 de la Summa Theologica de Santo Tomás de Aquino. Un segundo ejemplo se encuentra en los apuntes de Hernando de Ychasso, un alumno de las clases de Fray Luis sobre los primeros capítulos del Génesis (In genesim 28<sup>o</sup>: editado por C. P. Thompson, «The lost works of Luis de León: (2) Expositio in Genesim», *Bulletin of Hispanic Studies*, n.º 57, 1980, p. 199-212, cf. H. Navarro, *Expositio in Genesim de fray Luis de León* (edición crítica bilingüe, introducción y notas), en *Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia 13*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1988, p. 274-311). Allí explica que las aves se hicieron de agua, porque —igual que explica en pasaje de *Nombres*— las aguas *habent peculiarem et propriam vim ad aves producendas* (las aguas «tienen un poder peculiar y propio de producir aves», p. 204). Además, comparten similitud *cum piscibus, nam pluma sunt pro squamis, et pisces etiam habent suas alas, et sicut aves volantes dividunt aerem, sic pisces natatu dividunt aquas: et utraque cauda atque pinis mittunt ad cursum et omnia sunt obipara [sic]* («semejanza con los peces, pues las plumas son por las escamas, y los peces también tienen sus alas, y como las aves voladoras dividen el aire, así los peces al nadar dividen las aguas: y ambas con la cola y las plumas ponen al curso y todas son ovíparas»).*

14 Comenta C. Cuevas, *Fray Luis de León. Poetas Completas*, Madrid, Castalia, 1998, p. 435 n. 27 que con «mar velero» recoge fray Luis el *mare velivolum* de Virgilio, por el que vuelan las velas (también Virgilio *Aen.* 1, 228 y 3, 520: *velorum pandimus alas*; cf. Luck-Huyse 1997: 205- 6: Lucrecio 5, 1442 *velivolis navibus*).

15 Isaías 18.1 en el *Comentario a Abdías*, publicado en *Mag. Luysii Legionensis Opera III*, Salmanticae, Episcopali Calatravae Collegio, 1892, p. 5-174.

16 Cf. Mt. 12.38-40.

17 *In Canticum, en Opera, op. cit., p. 325.*

muerte es unión con Cristo y resurrección con Él en el agua, en relación con un pasaje de san Juan<sup>18</sup> donde se habla de un agua viva que dará Cristo, un anuncio de la venida del Espíritu Santo después de su resurrección; el agua es así imagen de la gracia. Eso mismo se expresa otras veces con la inmersión en el agua, especialmente en un pasaje de san Pablo<sup>19</sup>:

¿Qué diremos, pues? ¿Habremos de permanecer en el pecado, para que la gracia abunde? De ningún modo. Los que hemos muerto al pecado ¿cómo viviremos todavía en él? ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Pues fuimos sepultados juntamente con él por medio del bautismo en orden a la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva. Pues si hemos sido injertados en él con la semejanza de su muerte, también lo seremos con la de su resurrección, sabiendo esto: que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, para que fuera destruido el cuerpo del pecado, a fin de que ya nunca más sirvamos al pecado. Quien muere queda absuelto del pecado.

También en su comentario al *Cantar de los Cantares*<sup>20</sup> habla de Cristo como fuente de todas las gracias, una fuente mayor que el océano de la que salen todas las aguas<sup>21</sup>. La gracia del Espíritu Santo, que Dios Padre da a los fieles con la Resurrección de su hijo, es un océano de aguas que salen de su vientre:

18 Jn. 7.37-39. cf. 4.10-14.

19 Rom. 7.1-7.

20 J. M. Becerra Hiraldo, *Fray Luis de León. Cantar de los cantares. Interpretaciones literal, espiritual, profética*, San Lorenzo del Escorial, Ediciones Escorialenses, 1992, p. 295.

21 Becerra Hiraldo, *ibid.*, p. 247-8: *Vos quidem fontem omnium bonorum Christum esse fatemini, sed fontem, qui intra sese contineat aquas suas: nos ex eo fonte, quem item inexhaustum et Oceano maiorem esse fatemur, largos bonorum omnium rivos derivari, et ad singulos iustos pervenire affirmamus* («Vosotros [se está refiriendo a los herejes] confesáis que Cristo es la fuente de todas las cosas buenas, pero fuente que retiene su agua dentro de sí misma; nosotros afirmamos que de esa fuente, que confesamos es mayor que el océano inextinguible, se derivan copiosos torrentes de todos los bienes que llegan a cada uno de los hombres justos»). Similar en *Los Nombres de Cristo* (San José Lera, *op. cit.*, p. 11): «Porque así como Cristo nuestro Señor es como fuente, o por mejor decir, como océano, que comprehende en sí todo lo provechoso y lo dulce que se reparte en los hombres, así el tratar dél, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno». Y en otro lugar del mismo libro (*op. cit.*, p. 20): «Porque, Señor, sin tí, ¿quién podrá hablar como es justo de tí? O ¿quién no se perderá en el inmenso océano de tus excelencias metido, si tú mismo no le guías al puerto?».

*Non ad mensuram pater largitus est Spiritum Christo, sed plena in ipsum flumina, sive potius Oceanum derivavit aquarum. Aquarum cum dico, Spiritum Sanctum intelligi volo, cuius est in Sacris Litteris nomen, ut illa aperte testantur, «Qui credit in Filium, de ventre illius fluent flumina aquae vivae»: hoc autem dicebat, ut ipse Ioannes interpretatur, de Spiritu Sancto, quem accepturi essent credentes in eum.*

(«El Padre no entregó el Espíritu a Cristo con medida, sino ríos rebosantes hacia Él, o mejor, un Océano de aguas le derivó. Cuando hablo de aguas, quiero que se entienda «Espíritu Santo», cuyo nombre en las letras sagradas, como testimonian con claridad, «El que cree en el Hijo, de su vientre fluirán ríos de agua viva»; y decía esto, como el propio Juan interpreta, del Espíritu Santo, que iban a recibir los que creyesen en Él»).

El agua es así el elemento en el que se produce la muerte de la vida previa al cristianismo —la vida natural— y el paso a la nueva vida con Cristo. Lo explica con detalle en *Nombres*<sup>22</sup>:

Porque así como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avvicina primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y crece en esta semejanza hasta llegarla a su punto, y luego el fuego se lanza en él y le da su forma, así, para que Cristo ponga e infunda en nosotros, de los tesoros de bienes y vida que atesoró muriendo y resucitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos Cristos, esto es, como sus hijos, ordenó que se hiciese en nosotros una representación de su muerte y de su nueva vida; y que, desta manera, hechos semejantes a él, él, como en sus semejantes, influyese de sí lo que responde a su muerte y lo que responde a su vida: a su muerte responde el borrar y el morir de la culpa, y a su resurrección, la vida de gracia. *Porque el entrar en el agua y el sumirnos en ella es como, ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo y fue en la sepultura puesto, como lo dice San Pablo: «En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con él.» Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir después del agua es como salir del sepulcro viviendo.*

Pues a esta representación responde la verdad juntamente y, asemejándonos a Cristo en esta manera, como en materia y sujeto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nace Cristo en nosotros, y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la

22 San José Lera, *op. cit.* p. 147-9 (cursivas mías).

*vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular cuando, saliendo del agua, parece que resucitan.* Y así, en aquel hecho juntamente hay representación y verdad: lo que parece por de fuera es representación de muerte y de vida, mas lo que pasa en secreto es verdadera vida de gracia y verdadera muerte de culpa.

Y si os place saber, pudiendo esta representación de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del agua, conténtame mucho lo que dice el glorioso mártir Cipriano. Y es que la culpa que muere en esta imagen de muerte es culpa que tiene ingenio y condición de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe. Y cosa sabida es que la ponzoña de las serpientes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, dejan su ponzoña primero. Así que morimos en agua para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es en cuanto a la muerte que allí se celebra; pero *cuanto a la vida, es de advertir que, aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí no es del todo perfecta, quiero decir, que no vive luego en nosotros el hombre nuevo, cabal y perfecto, sino vive como la razón del segundo nacimiento lo pide, como niño flaco y tierno.* Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el ser de la nueva vida que resucitó con él, sino pone, como dijimos, un grano della y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia, pequeña, pero efficacísima para que viva, y se adelante, y lance del alma las reliquias del viejo hombre, contrario suyo, y vaya pujando y estendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Así pues, el cristiano tiene una vida nueva con el bautismo previa a la vida definitiva en el cielo, cuando la unión incoada con Cristo en la tierra se haga definitiva<sup>23</sup>; algo de ello parece entreverse (por medio de la música) en la *Oda a Salinas*, que hace que el alma entre en comunicación mística con Cristo, como en un anticipo de la vida del cielo con él<sup>24</sup>:

23 Sobre la cuestión teológica tal como la explica fray Luis cf. el excelente análisis de J. L. Hervás, *Entrañados en Cristo. La mística teológica de fray Luis de León*. Pamplona, Eunat, 1996, II, cap. II, especialmente p. 125-6. Otro aspecto que tenemos que dejar aquí en segundo plano es el de la gracia que repara los pecados como agua, que usa en el poema 6.61-2: «lavava larga en lloro / al que [=Cristo] su torpe mal [el pecado] lavando estava».

24 3.31-40. Todos los poemas los citamos según la edición de A. Ramajo Caño, *Fray Luis de León. Poesía*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006.

Aquí la alma navega  
 por un mar de dulzura y, finalmente,  
 en él así se anega,  
 que ningún accidente  
 extraño y peregrino oye y siente.  
 ¡Oh desmayo dichoso!,  
 ¡oh muerte que das vida!, ¡oh dulce olvido!  
 ¡Durase en tu reposo  
 sin ser restituido  
 jamás a queste bajo y vil sentido!

En la vida de unión total con Cristo (que es el completamente de lo que se realiza por primera vez en el bautismo) el alma se anegará definitivamente en el Océano que es Cristo<sup>25</sup>:

De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino que es un deleite que, por dondequiera que se mire, vence a cualquier otro deleite. [...] divino bien, y gozo íntimo, y deleite abundante, y alegría no contaminada, que *baña el alma toda*, y la embriaga y anega por tal manera, que, como ello es, no se puede declarar por ninguna.

Y si por palabras o por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí y, comenzando de menores principios, van siempre subiendo y, *esforzándose siempre más el soplo del gozo, al fin, las velas llenas, navega el alma justa por un mar de dulzor*, y viene a la fin a abrasarse en llamas de dulcísimo fuego, por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma.

A la vez, la unión con Cristo se expresa con una imagen de vuelo<sup>26</sup>:

Porque cuando volare desta cárcel de tierra en que agora nuestra alma, presa, trabaja y afana como metida en tinieblas, y saliere a lo claro y a lo puro de aquella luz, él mismo, que se junta con nuestro ser agora, se juntará con nuestro entendimiento después, y él por sí y sin medio de otra tercera imagen estará junto a la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuese visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere de él, esto es, con el mismo Él, así y de la misma manera como le conociere.

Se cruzan así dos imágenes: el paso a través del agua a la vida con Cristo, que se culmina cuando esta vida terrena se

25 San José Lera, *op. cit.*, p. 309 y 313 (cursivas mías).

26 San José Lera, *op. cit.*, p. 32.

rompa y el alma pueda volar, esta vez en un mar de dulzura, hacia la luz; allí el ave que había salido del agua puede por fin descansar en el nido<sup>27</sup>. En otro poema, sobre la vida en el cielo dice:

Y dentro a la montaña  
del alto bien las guía; ya en la vena  
del gozo fiel las baña  
y les da mesa llena,  
pastor y pasto Él sólo, y suerte buena (13.16-20).

Cristo es el Pastor del cielo, que lleva a las almas a los pastos y las baña en la gracia y se da Él mismo como alimento. Puede pensarse que también puede aplicarse esto a la vida en la tierra, que desde el bautismo es un preanuncio de la vida en el cielo; al menos dice en *Nombres*<sup>28</sup>:

Que es también la causa de aquella querrela contra nosotros suya, tan justa y tan sentida, que pone por Jeremías, diciendo: «Dejéronme a Mí, fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas en que el agua no para.» Porque guiándonos Él al verdadero pasto y al bien, escogemos nosotros por nuestras manos lo que nos lleva a la muerte; y siendo fuente él, buscamos nosotros pozos; y siendo manantial su corriente, escogemos cisternas rotas adonde el agua no se detiene.

Cristo es —también en *Nombres*, a partir del salmo 102— un monte<sup>29</sup> con agua abundante: la Iglesia está asentada en tierra firme (Cristo), después de que hayan huido las aguas que la anegaban<sup>30</sup>:

27 Puede recordarse aquí la traducción que fray Luis hace del salmo 26, 16-18 (Ramajo Caño, *op. cit.* 328): «A Dios esto he pedido / y pediré: que, en cuanto el vivir dura, / repose yo en su nido, / para ver su dulzura / y remirar su casa y hermosura».

28 San José Lera, *op. cit.*, p. 90.

29 Por otra parte, el monte también tiene un significado claro, como se ve en capítulo del mismo título de *Nombres* (San José Lera, *op. cit.*, p. 105): «El risco, dice el Salmo, es refrigerio de los conejos» [n. 39 Sal. 103, 18] Y en tí, ¡oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesús!, y en Tí, ¡oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad!, los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieren agua las nubes y se abrieren los canales del cielo, y, saliendo la mar de madre, si anegare las tierras y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas, en este monte, que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos. Y si los montes, como dice David, trastornados de sus lugares, cayeren en el corazón de la mar, en este monte no mudable enriscados, carecemos de miedo».

30 San José Lera, *op. cit.*, p. 154-5 (cursivas mías).

Allí como aquí, conforme a lo que el mismo salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad y lo medio derechamente; *en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen dellas y junto a ellas cantan dulcemente asentadas*. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles que tienen más de tierra y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, a lo menos beben dellas y quebrantan su sed. Él mismo, como en el mundo, así en la Iglesia, envía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí, juntas en arroyos y descendiendo, bañan los campos. Con ellas crece, para los más rudos así como para las bestias, su heno, y a los que viven con más razón, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio que alumbrá, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo, con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de *religiosas hayas y cedros, y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y diéron en sí reposo, y dulce y saludable nido, a los que volaron a ellos huyendo del mundo*. Y no sólo proveyó Dios de nido a aquestos huidos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas, y, como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas, así acontece en la Iglesia. [... explica que sigue habiendo dificultades en la Iglesia]

¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! Y como nos admiras con esta orden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual e invisible. *No falta allí también otro océano, ni es de más cortos brazos ni de más angostos senos que es éste que ciñe por todas partes la tierra, cuyas aguas, aunque son fieles, son, no obstante eso, aguas amargas y carnales, y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos; cría peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él; en él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito. Mas ¡dichosos aquellos que llegan salvos al puerto!*

El capítulo se cierra con una traducción del Salmo 102<sup>31</sup>: «Las aves nadadoras allí bañan, / y por las ramas cantan». En la vida cristiana, según explica, los religiosos son las aves que están entre las ramas, rodeados de los de su orden. Son superiores a los demás cristianos, porque —afirma en otro pasaje— las aves están por encima de los peces en la escala de la perfección animal<sup>32</sup>:

31 San José Lera, *op. cit.*, p. 157.

32 San José Lera, *op. cit.*, p. 410.

[...] tienen unos animales naturalmente ánima de más alto y perfecto sentido —que de suyo y en sí misma, la ánima de la concha es más torpe que el pez, y el ánima de las aves es de más sentido que las de los que viven en el agua, y en la tierra, la de las culebras es superior al gusano, y la del perro a los topos, y la de los caballos al buey, y la de los ximios a todos [...].

En toda la obra, teórica y poética, de fray Luis se percibe esa tensión entre el deseo de la vida en el cielo y su vida en la tierra, una vida en Cristo real pero todavía sujeta a tensiones; así, comienza el poema a Felipe Ruiz: «¿Cuándo será que pueda / libre desta prisión volar al cielo, ...?» (10.1-2). En el siguiente, anima a su amigo Grial al estudio, pero él:

que yo, de un torbellino  
traidor acometido, y derrocado  
del medio del camino  
al hondo, el plectro amado  
y del vuelo las alas he quebrado (11.36-40).

Se entremete aquí la imagen de Faetonte derrocado del cielo para referirse a su prisión, pero eso no impide que añadamos este pasaje a la serie de menciones de caída —en el mar: aquí «el hondo»— como vuelo que acaba en hundimiento: sólo aquí no hay mención de un levantamiento. Este pasaje refuerza además la idea del trasfondo autobiográfico del pasaje de la avecilla en *Nombres*, sin negar su sentido profundo de muerte con Cristo; fray Luis se siente solo, abandonado, aunque en último extremo confiado en el Señor. En ello no podía menos que partir del salmo 124<sup>33</sup>:

Si Yahveh no hubiera estado por nosotros —que lo diga Israel—, si Yahveh no hubiera estado por nosotros, cuando contra nosotros se alzaron los hombres, vivos entonces nos habrían tragado en el fuego de su cólera. Entonces las aguas nos habrían anegado, habría pasado sobre nosotros un torrente, habrían pasado entonces sobre nuestra alma aguas voraginosas. ¡Bendito sea Yahveh que no nos hizo presa de sus dientes! Nuestra alma como un pájaro escapó del lazo de los cazadores. El lazo se rompió y nosotros escapamos; nuestro socorro en el nombre de Yahveh, que hizo el cielo y la tierra.

33 Lo señala L. E. Morales-Gudmundsson, «El “Chaoskampf” veterotestamentario y el “mar tempestuoso” en la poesía de fray Luis de León», *Cuadernos de Investigación de la literatura hispánica*, n° 12, 1990, p. 135-147 (aquí p. 145).

Aquí podríamos simplemente trasvasar el episodio del pájaro sumergido en el agua que vuelve a volar, pero retomando todos los paralelos antes mencionados, que iluminan sobre la riqueza de significado del pasaje. Enorme importancia tiene también la imagen de la vida como navegación<sup>34</sup> y el naufragio como el pecado, en el mar entendido ahora como mal<sup>35</sup>. El agua puede así esconder también un significado negativo de «*maximas calamitates, res adversae*», como afirma comentando un versículo del *Cantar de los Cantares*<sup>36</sup>. También en un pasaje de *Nombres*<sup>37</sup>:

Y mejor mucho, y más brevemente, el profeta diciendo: «El malo, como mar que hierve, que no tiene sosiego». [n. 37: Is. 57, 20] Porque no hay mar brava en quien los vientos más furiosamente ejecuten su ira, que iguale a la tempestad y a la tormenta que, yendo unas olas y viniendo otras, mueven en el corazón desordenado del hombre sus apetitos y sus pasiones. Las cuales, a las veces, le oscurecen el día, y le hacen temerosa la noche, y le roban el sueño, y la cama se la vuelven dura, y la mesa se la hacen trabajosa y amarga, y, finalmente, no le dejan una hora de vida dulce y apacible de veras. Y así concluye diciendo: «Dice el Señor: no cabe en los malos paz». [n. 40: Is. 57, 21] Y si es tan dañosa aquesta desorden, el carecer della, y la paz que la contradice y que pone orden en todo el hombre, sin duda es gran bien.

El mar de las pasiones, el mar de las adversidades de este mundo, es como la contrafigura del mar de dulzura en el que el alma se anega definitivamente en Dios.

*Algo de eso creo que quiere expresar el artista americano Bill Viola cuando introduce recurrentemente en sus instalaciones de vídeo a personas sumergidas en el agua y saliendo de ella*<sup>38</sup>. En

34 cf. Senabre, *op. cit.*, p. 43.

35 El mar como mal es el lugar al que se lanzan por codicia los mercaderes, donde sigue un tema horaciano, por ejemplo en su traducción de la Oda I, I (la segunda versión, v. 19-24, cf. Ramajo Caño *op. cit.* 263): «El miedo, mientras dura, / del fiero vendaval al mercadante, / alaba la segura / vivienda del aldea, y al instante, / como no sabe hacerse / al ser pobre, en la mar torna a meterse». La célebre *O navis* (Hor. I, 14) es una llamada a la nave a volver a puerto: «¡O, toma ya seguro, estable puerto!» (Ramajo Caño, *op. cit.* 6).

36 cf. Becerra Hiraldo, *op. cit.*, p. 431: *Aquae multae non potuerunt extinguere charitatem, neque flumina obruent illam*.

37 San José Lera, *op. cit.*, p. 251.

38 Todas las referencias salvo las posteriores a 1997 (introducidas por mí a partir de los catálogos de sus obras) en D. A. Ross & P. Sellars, *Bill*

la tradición protestante, especialmente la evangélica del sur de Estados Unidos, hay una mayor conciencia del bautismo como nueva vida, quizá por el uso del bautismo de inmersión. De ello hay muchos ejemplos en la obra de una escritora católica que vivió en el Sur bíblico protestante, Flannery O'Connor, que llegó a comentar: «Cuando escribo una novela en la cual la acción central es el bautismo, soy consciente de que, para la mayoría de mis lectores, el Bautismo es un rito sin significado. Por eso tengo que ver que este bautizo encierra suficiente misterio y enigma para zarandear al lector hacia una especie de reconocimiento emocional de su significado»<sup>39</sup>. Creo que esto puede relacionarse en cierto modo con el procedimiento usado por fray Luis para realizar una catequesis mistagógica, de explicación de los misterios cristianos, en una época en la que los sacramentos estaban siendo puestos en tela de juicio por la reforma protestante.

Fray Luis encierra en una imagen su propia experiencia, pero sobre todo el camino de unión del cristiano con Cristo. La fuerza del pasaje del ave que se sumerge está en su modo de expresar la realidad del bautismo, en principio con sencillez

*Viola. New York, Whitney Museum of American Art, 1997, p. 62-3: The Reflecting Pool, de 1977, un hombre que desaparece sumergiéndose (los editores mencionan el bautismo, sin entrar más a fondo); p. 96-7: también alguien sumergiéndose en The Passing, de 1991. Además, p. 98-9 What is not and That which is de 1992; p. 102-3 Nantes Triptych, de 1992, tríptico como un retablo, con una mujer que da a luz a la izquierda, la agonía de la madre del artista a la derecha y en el medio alguien sumergido en agua; p. 105 En The Arc of Ascent, de 1992 aparece un hombre flotando cabeza abajo en caída libre; choca con la superficie del agua y se sumerge en una piscina oscura; en otra imagen hay un hombre que flota (arriba se ve la superficie del agua y cómo llegó a hundirse); p. 112 en Stations, de 1994, hay imágenes de cuerpos sumergidos y también se ve cómo caen desde arriba; p. 124 en The Messenger, de 1996, instalación en la Catedral de Durham, un hombre que está sumergido en el agua va subiendo hasta que llega a la superficie y empieza a respirar: luego vuelve a hundirse. En Emergence, de 2002, Cristo es sacado de la tumba, que está llena de agua. En Five Angels for the Millenium, de 2001, aparecen 5 figuras subiendo dentro del agua. Son varias las referencias en estudiosos al bautismo en la obra de Viola: así en los trabajos de Elizabeth ten Grotenhuis y David Jasper (Ch. Townsend, The Art of Bill Viola, London, Thames & Hudson, 2004, p. 172-3 y 183-4), aunque siempre precisando que es una simbología difusa, que convive con otras referencias, notablemente las de Extremo Oriente.*

<sup>39</sup> Flannery O'Connor, *Misterio y maneras. Prosa ocasional, escogida y editada por Sally y Robert Fitzgerald*. Edición de G. Arbona, traducción y notas de E. Navío, Madrid, Encuentro, 2007, p. 168.

aparente y a la vez enorme profundidad doctrinal, en lo que confluye una larga tradición bíblica y clásica. En los estudios sobre fray Luis se ha venido insistiendo<sup>40</sup> en las imágenes del mar como lugar privilegiado del mal; creo que merecía la pena recorrer su obra para resaltar también esa visión del mar y del agua como ámbito del bautismo y como lugar de la unión definitiva con Cristo.

Ángel RUIZ PÉREZ

Universidad de Santiago de Compostela

40 Por ejemplo S. H. Connor, «Maritime Imagery in the Poetry of Fray Luis de Leon», *Hispania*, n° 63, 1980, p. 38-47; A. L. Kouvel, «Fray Luis de Leon's Haven: A Study in Structural Analysis», *MLN*, n° 89, 1974, p. 146-158, E. L. Rivers, «El mar en la poesía de Fray Luis de Leon», en G. Bellini, *Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, Roma, Bulzoni, 1981, p. 315-318 y Senabre, *op. cit.*